

EJERCICIOS ESPIRITUALES – INSTITUTO MATER DEI

Cotignac (Francia), 27 de agosto – 5 de septiembre de 2020

4ª MEDITACIÓN: *EL DRAMA DEL PECADO*

Sábado, 29 de agosto (p.m.)

Preámbulo

- Objetivo: tomar conciencia de que el pecado me priva de la alegría de la salvación

+ Invitación a la conversión: volver a Cristo para restaurar la alegría

+ Pedir a Dios discernimiento para “purificar el corazón”

«Nuestro corazón es verdaderamente la raíz y el centro de la vida. Muestra si el estado del hombre es bueno o malo e incita a las demás fuerzas a la actividad y, después que éstas han realizado su obra, reciben dentro de sí el resultado de estas acciones para fortalecer o debilitar ese sentimiento que caracteriza la disposición permanente del hombre. Parece, pues, que a él –al corazón-, se debería conceder el gobierno de la vida –y de hecho es así en muchos y de manera menor en otros – puede ser que inicialmente fuera así. Pero vinieron las pasiones y turbaron todo. Cuando están presentes, nuestro corazón no es un índice seguro, nuestras impresiones no son como deberían ser, los gustos se hacen perversos y conducen las actividades de las demás fuerzas hacia la disipación. El programa, pues, es éste: ten el corazón bajo control y somete a una crítica severa todos los sentimientos, los gustos y las inclinaciones. Cuando esté purificado de las pasiones, entonces el corazón podrá actuar a su gusto»: TEÓFANES EL RECLUSO, autor espiritual ruso, +1894).

- Descubrimos la mancha si poseemos la luz

1. El misterio de la iniquidad

- La pérdida del sentido del pecado es consecuencia de apartar a Dios de la vida

- Quien más ama y más conoce el amor, mejor percibe el daño del pecado

CCE 385: Dios es infinitamente bueno y todas sus obras son buenas. Sin embargo, nadie escapa a la experiencia del sufrimiento, de los males en la naturaleza -que aparecen como ligados a los límites propios de las criaturas-, y sobre todo a la cuestión del mal moral. ¿De dónde viene el mal? "Quaerebam unde malum et non erat exitus" ("Buscaba el origen del mal y no encontraba solución") dice san Agustín, y su propia búsqueda dolorosa sólo encontrará salida en su conversión al Dios vivo. Porque "el misterio de la iniquidad" (2 Ts 2,7) sólo se esclarece a la luz del "Misterio de la piedad" (1 Tm 3,16). La revelación del amor divino en Cristo ha manifestado a la vez la extensión del mal y la sobreabundancia de la gracia. Debemos, por tanto, examinar la cuestión del origen del mal fijando la mirada de nuestra fe en el que es su único Vencedor.

2. La lucha contra el demonio

- El Padre ha enviado a su Hijo para librar a los hombres del dominio de las tinieblas (cf. Gál 4, 5):

> Toda la vida pública de Jesús es presentada por los evangelistas como un combate contra Satanás y los demonios.

> En la hora de las tinieblas, Jesucristo rechazó el ataque final de Satanás por el poder de la Cruz.

> Con su obediencia hasta la muerte (cf. Flp 2, 8), Jesús ha derrotado para siempre al Padre de la mentira.

> La victoria de Cristo se ha manifestado en la resurrección y en la glorificación, cuando Dios lo exaltó de entre los muertos y lo sentó a su derecha y sometió todo bajo sus pies (cf. Ef 1, 21-22).

- Desde la victoria de Cristo, nosotros luchamos contra el demonio:

«Aquí y allá, con desconcertante frecuencia, encontramos el pecado, que es perversión de la libertad humana, y causa profunda de la muerte, y que es además ocasión y efecto de una intervención en nosotros y en el mundo de un agente oscuro y enemigo, el demonio. El mal no es solamente una deficiencia, es una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa... Y se trata no de un solo demonio, sino de muchos, como diversos pasajes evangélicos nos lo indican: todo un mundo misterioso, revuelto por un drama desgraciadísimo, del que conocemos muy poco» (San Pablo VI, *Catequesis* 15.11.1972).

- No temamos hablar del demonio:

Como decía San Juan Crisóstomo, «no es para mí ningún placer hablaros del demonio, pero la doctrina que este tema me sugiere será para vosotros muy útil» (PG 49, 258; citado por Pablo VI, *ibidem*).

- Confianza: por bautismo, ya hemos vencido al demonio.

> Cuidar la gracia bautismal

> No ser ingenuos: “no vender el alma al diablo”

- El actuar del demonio: destruir la obra de Dios

> quebrar la paz

> extender la mentira

> romper la comunión

- Las señales de la presencia diabólica:

«¿Existen señales, y cuáles, de la presencia de la acción diabólica? Podremos suponer su acción siniestra allí donde la negación de Dios se hace radical, sutil y absurda; donde la

mentira se afirma, hipócrita y poderosa, contra la verdad evidente; donde el amor es eliminado por un egoísmo frío y cruel; donde el nombre de Cristo es impugnado con odio consciente y rebelde (1 Cor 16,22; 12,3); donde el espíritu del Evangelio es mistificado y desmentido; donde se afirma la desesperación como última palabra» (Beato Pablo VI, *Catequesis* 15.11.1972).

3. El pecado

- El pecado es desobediencia: ruptura de la comunión
 - + con Dios – tentación: “no necesitas a Dios”
 - + con los semejantes: ya no regalo (Eva) sino peligro
 - + con uno mismo: desequilibrio interior
 - + con la creación: las criaturas en enemistad con el ser humano
- El pecado nos hace irreconocibles al amor (“no os conozco”: Mt 25, 12)
- Peligros: desde tentaciones de Cristo (los tres enemigos del alma):
 - demonio (póstrate) – mundo (te daré todo esto) – carne (hambre)
- Tentación y pecado: sugestión, delectación, consentimiento, excusa
 - + distinguir el pecado de la concupiscencia
 - + vencer la tentación: oración del corazón:
 - “Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí que soy un pecador”
- El infierno: consecuencia última del pecado

Conclusión

- La tentación de las personas consagradas:

No hay que ceder a la tentación de los números y de la eficiencia, y menos aún a la de confiar en las propias fuerzas. Examinad los horizontes de la vida y el momento presente en vigilante vela. Con Benedicto XVI, repito: «No os unáis a los profetas de desventuras que proclaman el final o el sinsentido de la vida consagrada en la Iglesia de nuestros días; más bien revestíos de Jesucristo y portad las armas de la luz – como exhorta san Pablo (cf. Rm 13,11-14) –, permaneciendo despiertos y vigilantes»: FRANCISCO, *Carta Apostólica a todos los consagrados con motivo del Año de la Vida Consagrada* (21.11.2014), I, 3.